

mano es el Jefe y el órgano en medio de la sociedad humana.

Dulce y fuerte, es, bajo este doble aspecto, como Pio IX se nos ha aparecido. Nos hemos reconocido en él al Pontífice, que ha dicho: «Tengamos corazón de madre para con los pecadores; pero duro con el error!» Los consejos que daba a sus numerosos visitantes; el discurso, que sobre la paciencia dirigió delante de Nos á una multitud de personas, que habían ido á felicitarle: la firmeza de su palabra, cuando aprueba el bien; el fuego de su mirada, cuando reprende el mal; su sonrisa al hablar con los pequeños, su andar, sus ademanes, su actitud, todo en Pio IX nos impresionó, llenándonos de admiración. Solo en Pio IX hemos encontrado quien pueda, en todo, llamarse verdadero hombre. La naturaleza y la gracia de consuno, formaron en su persona una de las más perfectas imágenes de Aquel, que ha dicho: *Ego sum veritas*: Yo soy la verdad. Pio IX anuncia resueltamente la verdad al mundo. La proclama, como Jesús delante de Cafás, para gloria de Dios, y sin sombra de temor, ni aún delante de la muerte. A los que no comprenden la dignidad de la verdad, y el

testimonio que se le debe, les asombra, alguna vez, el lenguaje del Soberano Pontífice. Nos les preguntáramos de buen grado á esos hombres: ¿es permitido al sol, privar de su luz y su calor al mundo? ¿Les es permitido á los astros de la noche, negarnos su claridad? ¿O á las nubes, dejar de enviarnos las lluvias, sus relámpagos, sus rayos? ó á la tierra, sus frutos? ó á la mar, sus vías, su calma, sus murmullos y sus tempestades? No; no les es permitido; deben hacerlo, porque Dios lo quiere.

Del mismo modo; Pio IX dice la verdad, Pio IX es justo, Pio IX aprueba, Pio IX condena, porque Dios lo quiere. No puede callar; no puede privar de luz al mundo; no puede negar á los hombres la dulzura de su sonrisa, ni las bendiciones, ni los rayos, que tiene en sus manos. Vicario de Jesucristo, ha de imitar á su divino Maestro, que fue misericordioso con el pecador arrepenido, terrible con los hipócritas y los escandalosos, y que empuñó el látigo para arrojar del templo á los que le profanaban. Tal es Pio IX. Lo que nos sorprende, lo que nos asombra, es: que, después de mil ochocientos años, el mundo todavía ignore lo que es el Papa.

LA IGLESIA UNIVERSAL

CONSAGRADA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

En el mes de Junio 1874, el Rev. P. Chevalier, fundador y primer superior general de la Congregación de misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, en Issoudun, hizo un viaje á Roma en compañía de los RR. Joutet y Vandel, miembros de su Congregación. En la audiencia especial que obtuvieron, el Soberano Pontífice Pio IX, les dijo: «que se consideraría feliz, si los fieles lo pedían, de consagrar el mundo católico al Sagrado Corazón de Jesús.»

Parecieron á los misioneros del Sagrado Corazón de Jesús que, con estas palabras, el Vicario de Jesucristo les confiaba una nueva misión que llenar. Sin vacilar un momento, pusieron manos á la obra, é inmediatamente circularon por todas partes una súplica al Padre Santo, pidiendo la consagración de la Iglesia y del mundo al Sagrado Corazón de Jesús.

Los esfuerzos de los RR. PP. Misioneros han obtenido un resultado asombroso. La súplica ha dado la vuelta al mundo entero; y al llegar al centro de donde había partido, en Issoudun, llevaba tres millones de firmas. Este resultado, lo repetimos, es verdaderamente asombroso, sobre todo, si se considera el poco tiempo que ha mediado para obtenerlo.

Al frente de los tres millones de firmas, aparecen ciento setenta cartas de otros tantos Obispos, que también piden la consagración de la Iglesia y del mundo al Sagrado Corazón de Jesús.

Así que el R. P. Pedro Chevalier recibió las súplicas, que expresan los votos de los fieles, voló á Roma para deponerlas á los pies del Soberano Pontífice.

Las adhesiones de los Obispos, y los tres millones de firmas, están reunidas en treinta volúmenes, magníficamente encuadernados y cubiertos de *moiré* encarnado, y adornados con elegantes placas doradas en las tapas. En una de estas placas hay grabadas las armas del Soberano Pontífice, iluminadas por los rayos que despiden el Sagrado Corazón de Jesús, colocado encima de ellas, así como las armas de las ciudades, que han sido centros de la suscripción, ó de las de algunas nobles familias, que han contribuido á sufragar los gastos de la encuadernación, ó que han desplegado un gran celo para la difusión de las súplicas. Uno de los volúmenes lleva la cifra de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, esto es, la de Issoudun, en donde se tomó la iniciativa de esta suscripción; otro, las armas de la ciudad de Bourges; otro, las de Paris, etc., etc. El volumen más bello, sin duda, es el que contiene las adhesiones de los 160 Obispos, ricamente encuadernado en tafete. Soberbios medallones dorados con preciosos esmaltes, decoran las tapas; una serie de miniaturas de una belleza sin par, adornan sus páginas.

Hoy, 11 de Enero (1875) el R. P. Chevalier ha sido recibido en audiencia particular por Nuestro Santo Padre, juntamente con muchos eclesiásticos y una diputación de los alumnos del Seminario francés, que se ofrecieron á acompañarle para dar mayor solemnidad al acto de la ofrenda.

Los treinta volúmenes estaban colocados en la sala de la audiencia sobre una gran mesa de mármol.

El Soberano Pontífice se presentó cerca

del mediodía, acompañado de toda su corte de Prelados y de muchos miembros del Sacro-Colegio.

«¡Oh! la dicha de Su Santidad, con su amabilidad natural, aquí tenemos al padre Chevalier de Issoudun! somos antiguos conocidos!»

Entonces el Superior general del Sagrado Corazon de Issoudun, se ha adelantado hacia el Soberano Pontífice, y le ha entregado la carta escrita en latín, dirigida á Su Santidad por Mons. de La Tour de Auvergne, arzobispo de Bourges, que se interesa de un modo especial en el feliz resultado del gran asunto, que ha motivado el viaje del P. Chevalier á Roma.

El Padre Santo, que, como se sabe, profesa una estimación particular á Mons. el Arzobispo de Bourges, ha recibido con visible placer esta nueva demostración de afecto de parte de Monseñor á su augusta persona.

Luego dando á besar su anillo al Rev. P. Chevalier, prosternado á sus pies, le ha invitado con palabras sumamente benévolas á levantarse. Entonces el Padre ha leído el discurso siguiente:

Santísimo Padre:

En vísperas de los grandes acontecimientos, que debían cambiar la faz de Europa, tuve la dicha de postrarme á los pies de Vuestra Santidad. Erase á principios de Setiembre 1860. Yo pedí entonces á Vuestra Santidad, la bendición, siempre fecunda, para el instituto naciente de los Misioneros del Sagrado Corazon de Jesús. Con este motivo, Santísimo Padre, Vos nos dijisteis las palabras siguientes: «La única esperanza de la Iglesia y de la sociedad es el Corazon de Jesucristo. Este Corazon curará todos nuestros males.» Los hechos han proseguido su camino... Santísimo Padre, Vos habeis sido despojado de vuestro patrimonio, y sois victima de la injusticia y de la perfidia. Hoy día, la Iglesia, perseguida hasta el último rigor, y la sociedad perseguida por la rabia del Infierno, dirigen sus miradas hacia vos, Santísimo Padre, y os ruegan que atendais á las súplicas, que han suscrito 160 Obispos y tres millones de católicos, como podéis ver en estos volúmenes, que tengo el honor de poner á vuestros pies. El objeto de todos ellos es, que Vuestra

Santidad tenga á bien poner, por un acto solemne, la Iglesia y el mundo bajo el poderoso patrocinio del Corazon de Jesús, manantial de gracias y de bendiciones. ¡Dígnese este Divino Corazon, Santísimo Padre, calmar las tumultuosas olas, que con tanta violencia agitan la nave de Pedro, disipar las borrascas siempre crecientes, que rujan al rededor de vuestra augusta cabeza, romper las cadenas de vuestro cautiverio, y hacer que, cuanto ántes, brille el día del triunfo tan deseado!»

El Soberano Pontífice, después de escuchar la lectura de este discurso con una emoción, que se pintaba en su venerable rostro, ha contestado con algunas tiernas frases, que voy á reproducir con toda la fidelidad posible.

«¡Tres millones!!! pero esto es un ejército! Pues bien! voy á ponerme á su frente, y conquistaremos el mundo.

«Deseo, que lo que decimos en la tierra, sea repelido en el cielo; Nos pedimos siempre y aguardamos el triunfo con confianza. Debemos esperar que Dios, en su bondad, al fin, nos libertará; pero, ántes, hemos de revestirnos de valor para pelear los combates del Señor; y si queremos triunfar de todos nuestros enemigos, preciso es que depongamos todo temor. Sea nuestra bandera la bandera de la verdad, la bandera de la oración; y con ella, no lo dudemos, el triunfo será nuestro. Nos pediremos á Dios la fuerza que nos es necesaria.»

En seguida Su Santidad ha hojeado el volumen de los Obispos, y admirado la belleza y perfección de los dibujos.

El R. P. Pedro Chevalier se ha despedido de Su Santidad, sumamente satisfecho de la tierra y paternal acogida, que ha merecido del Vicario de Jesucristo, á quien volverá á ver mañana, para presentarle la ofrenda de mil francos, resultado de otra nueva colecta del amor filial de los asociados de Vuestra Señora del Sagrado Corazon.

Por lo que se refiere al importante asunto, que ha conducido hoy á los pies del Padre Santo al Superior general de los misioneros del Sagrado Corazon de Jesús, sabemos, que ha sido nombrada una Comisión especial para examinarlos. Es de creer, que los votos de 160 Obispos, y las súplicas de tres

millones de fieles, serán bien pronto atendidas; y lo creemos con tanto mayor motivo, cuanto que otros muchos Obispos han escrito directamente á Pio IX, solicitando dicha consagración. Este es también nuestro voto más ardiente; porque al ver, que todas las potestades del infierno se han conjurado contra la Iglesia de Jesucristo, y cuentan con la cooperación de la mayor parte de los Gobiernos; al ver, que un número tan considerable de católicos se dejan seducir y arrastrar por la secta anticristiana; un vivo dolor se apodera de nuestro corazon, entrevenemos con terror el porvenir reservado á nuestra pobre sociedad; y lo único que puede calmar nuestro espanto, es el recuerdo de las palabras, que el Santo Padre dirigió, hace algunos años, al R. P. Pedro Chevalier:

«La Iglesia y la sociedad no tienen esperanza sino en el Sagrado Corazon de Jesús. Este Corazon curará todos nuestros males.»

N.

(Journal de Florence, 14 de Enero 1873.)

LOS 3.000,000 DE CATÓLICOS.

Vengo á agregar mi nombre á los de mis hermanos en la fé, que, en número de tres millones, piden al Padre Santo, se digno consagrar la Iglesia universal al Sagrado Corazon de Jesús. Esta adhesión es una deuda que pago.

Debola al ilustre, piadoso, celoso, infatigable Obispo de Bourges, que ha tomado bajo su patrocinio la súplica del R. P. Chevalier, y á los ciento cincuenta y nueve Obispos, mis maestros en Israel, que la han dado nuevo realce con su nombre venerable.

Debola al Rey-Mártir cuya memoria se presenta á mi espíritu en este día, aniversario de su muerte, para recordarme, que respondo á la secta,—que le preparaba el cadalso—con un esfuerzo supremo de amor hacia su pueblo; con el voto de consagrar la Francia al Sagrado Corazon de Jesús.

Debola al Vicario de Jesucristo, quien, aceptando con tierna benevolencia de las na-

nos del P. Chevalier los volúmenes, que contenían la solicitud de una parte tan considerable de la Cristiandad, se dignó prometerle, que el se pondría al frente de este ejército de Católicos. Ahora bien; mi venerado y muy amado Padre tiene el derecho de ballarme á donde quiera tenga el á bien sentar sus reales.

Debola, finalmente, á Jesucristo, mi Redentor, puesto que él mismo se dignó manifestar á la bienaventurada María Alacoque —segun nos lo enseñó la Iglesia— que le sería agradable recibir este homenaje especial, y que correspondería á esta ofrenda con especialísimas gracias.

Otra última deuda réstame que pagar—más urgente, quizás, que todas las precedentes, pues se trata nada ménos, que de la salvación del género humano—es la de prevenir á mis hermanos contra las ilusiones—esta forma sutil de mentira, por medio de la cual Satanás sojuga multitud de almas rectas y anhelas del bien, que no pudieran sojugar de otra manera. Mi deseo el más sincero es, que el mundo cristiano no vuelva á alimentarse esperanzas parecidas á las que abrigaba cuando se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, y en la época del Concilio Vaticano; á no ser, que esté más resuelto de lo que lo estubo en aquellas solemnes circunstancias, á prestar su cooperación sincera y perseverante al restablecimiento del imperio de Jesucristo sobre la tierra.

Nada, sin duda, podía sernos más provechoso que aquellos dos acontecimientos, pues la Iglesia no abra jamás el tesoro de las verdades, que le han sido confiadas por Jesucristo, sin que de él se derramen inmensos beneficios sobre el género humano. En este sentido, por lo tanto, la esperanza pública era fundada; pero la semilla de vida no produce su fruto, sino cuando cae sobre un terreno preparado por la fe, y hecho fecundo por la caridad. Si la Iglesia docente está siempre dispuesta á llenar sus deberes, los simples fieles tienen también deberes que cumplir por su parte; deberes de obediencia, de docilidad, de perfecta adhesión á las doctrinas de los que enseñan; deber imprescriptible de conformar todos los actos de la vida á la enseñanza de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, ni para los individuos, ni para las naciones.

Por lo tanto, importa mucho, que con el mayor recogimiento, los seglares, principal-

mente, examinemos, si estamos dispuestos á recoger más fruto del que recojimos en 1833 y en 1870, de esta nueva gracia, que pedimos hoy á la Iglesia; y si en el fondo de nuestros corazones queda algo parecido al fustoso deseo—observado en las épocas citadas—de pedir á Dios, que, sustituyéndose á nosotros, haga él, lo que debemos hacer nosotros para cumplir con los deberes que nos impone la fé que profesamos.

Si trato de examinar, porque motivo Dios nos somete á las terribles pruebas que experimentamos, pareceme encontrarlo en nuestra tendencia á considerarnos acreedores suyos, cuando no somos más que sus grandes deudores.

Se pide á la Iglesia docente, se la estrecha, para que nos alcance del cielo ésta ó la otra gracia; se pretende, que ella obligue al Eterno á derramar á manos llenas sobre nosotros sus misericordias; implórase á grito herido, un milagro; pero, á condición, de que no haya que hacer ningún sacrificio costoso, ni enemistarse con los enemigos de Cristo, ni renunciar á ningún interés, ni distraerse, poco ni mucho, de los negocios de este mundo.

Hay algunas honrosas excepciones, sin duda; pero, preciso es confesarlo: la inmensa mayoría de los católicos, está más dispuesta á tributar á Dios toda clase de homenajes, que á darle el corazón. Y he aquí porque Jesucristo, para ayudar nuestra fé tan tibia, nos propone adorar su Corazon; quiere recordarnos con esta nueva forma de culto, y de una manera más sensible, más visible, que en lo pasado, que nosotros debemos consagrarle todos nuestros afectos, y que podemos, aún después de nuestros extravíos, esperar en su amor infinito, que aguarda con imponderable longanimidad, le demos una prueba de nuestro arrepentimiento.

El maravilloso misterio, que se oculta en esta nueva forma de culto, es un nuevo acto de misericordia, pof el cual, la magestad de Dios—harto ultrajado por una sociedad ingrata y rebelde—acude en auxilio de nuestra debilidad y procura enfervorizar nuestro corazon, y arrancarlo del fango, que amenaza ahogarnos. En este maravilloso misterio, se descubre también un signo formidable de nuestros tiempos: Jesucristo ve la necesidad de ofrecer á la sociedad humana, que está agonizando, una representación visible, en cierta manera, del amor infinito que nos tie-

ne, para despertar alguna chispa de amor en nuestros corazones, en los cuales la secta ha depositado ya tantos gérmenes de corrupción.

El corazon del hombre, empero, no puede elevarse hasta Jesucristo, si su Vicario no se digna ofrecerse. Es preciso, pues, unirse estrechamente al Jefe de la Iglesia; es preciso escuchar sus enseñanzas, seguir sus ejemplos; recoger con respetuosa solicitud sus exhortaciones. Ahora bien; si me atengo á los hechos, y no á las vanas protestas, que el viento se lleva, esa estrecha union, entre la Iglesia docente, y la Iglesia sumisa á su enseñanza, no se ha realizado todavía.

Yo no veo, que la clientela de los órganos de la secta vaya disminuyendo entre los católicos; ni que éstos se den mucha prisa á asociarse para oponer una resistencia compacta á los asaltos de nuestros enemigos; no descubro en el campo de los fieles, quienes hagan poderosos esfuerzos para arrancar de manos de los que desprecian la religion el alma de nuestros hijos. Las recomendaciones tan apremiantes de nuestro Padre comun, acerca de la necesidad de asociarse, de fundar establecimientos de educacion cristiana, de rechazar los órganos perdidos de la secta, no producen el fruto que debieran, y cual convendría á la honra y al bien supremo del mundo cristiano.

Atendiendo al estado lastimoso á que hemos llegado, es absolutamente necesario, para alcanzar estos bienes, tomar una resolucion firme de obrar y de sufrir. Y esto es lo que nos aconseja el Vicario de Jesucristo. Pero, si miro á mi alrededor, lo que por todas partes descubro, es una disposition resuelta á entenderse, del mejor modo, con la secta dominante, y á gozar de la vida, cuanto sea posible. Cada uno de nosotros tiene sus negocios, sus intereses, su ambicion, sus miras personales; miras, que nos ocupan de tal manera, que el gran negocio de la salvacion eterna no es considerado sino como un incidente, un pequeño episodio de la existencia, cuyo arreglo puede aplazarse para la última hora.

El Padre Santo, dirijiéndose á la prensa católica, ha pronunciado palabras dignas de una atencion especialísima: ha dicho á los unos, sed más humildes; á los otros: sed más caritativos. En efecto, la responsabilidad de un periodista sobrepaja de mucho, á la responsabilidad del comun de los fieles. Él ha-

bla al público, ha establecido su tribunal al aire libre; los hombres y las cosas pasan ante sus ojos; condena ó absuelve á la faz del pueblo, y sus decretos influyen muchísimo, en un sentido ó en otro, en la opinion de las muchedumbres. De todos estos juicios individuales, que se forman por su notoria influencia, deberá dar un día estrecha cuenta á la Justicia eterna.

Como hombre público, el escritor, que tiene el honor de defender la causa de Cristo, debe evitar, no solo todo lo que puede escandalizar á los fieles, sino que, además, está obligado á dar buenos ejemplos á los infieles, á esos mismos hombres, á quienes tiene el deber de combatir. Amigo de la verdad, no ha de ocuparse de otra cosa que de su triunfo: el amor propio, que no es una virtud cristiana, no debe intervenir en sus controversias: procure que la verdad penetre en la inteligencia de los desgraciados, que no la conocen; y esté seguro, que no será bien recibida, si no es la primera que penetre en ella: desde que nuestra pequeña personalidad se le antepone, y pretende entrar antes que ella, se corre el riesgo de que se le cierre la puerta.

Las palabras de Pio IX á la prensa, consiguieron, de pronto, un laudable movimiento de sumision: el periodismo católico se apresuró á acoger unos consejos tan prudentes; mas este ardor por el bien, se ha ido resfriando, poco á poco. Me fijo en este hecho, porque se palpa, y todo el mundo lo percibe; y porque no se limita al periodismo, sino que revela el carácter de los tiempos actuales: las palabras del Padre Santo son muy bien recibidas, pero poco aprovechadas: provocan mas aplausos, que obediencia. Hé aquí la gran desgracia de nuestros tiempos.

La cristiandad se gloria de poseer tal Jefe: se le aplaude, se le admira, y hasta se le hace admirar de los infieles, diciéndoles: «Mirad qué hombre gobierna vuestras conciencias! Inclináos ante su constancia, su firmeza y su magestad. Jamás consentirá en una conciliacion de la verdad con la mentira.» Pero después de esto, todos transigen con el error; y las advertencias que él nos dirige para nuestro bien, son, para la mayor parte de los católicos, una letra muerta.

Este fenómeno desolador tiene su origen en el simon de la secta, que ha esterilizado nuestros corazones; y para fecundarlos

de nuevo, Jesucristo nos ofrece el suyo. Esta forma sensible de adoracion, debida á la Santísima Trinidad, hubiese parecido superflua en los tiempos de San Francisco de Sales y de Santo Domingo, y aún en la época de San Ignacio y de Santa Teresa; pero es necesaria en un siglo materializado, abriéndosenos así, delante de nosotros, como el último refugio que Jesús nos ofrece, en medio de la tempestad.

Suscribo, pues,—y uno mis votos á los de mis hermanos—para que la Iglesia busque un asilo en el corazon sagrado de Aquel que la fundó; no firmo, empero, sino temblándome la mano; porque si verdaderamente hay tres millones de fieles resueltos enteramente á entregar su corazon á Dios, y dispuestos á indamarse por la fé, la esperanza y la caridad, el Papa se pondrá á su cabeza, y el mundo será de nuevo conquistado á la Cruz. Mas, si nos forjamos la ilusion, de que el Corazon divino nos proporcionará una vida pacífica, y agradable, nos eximirá del cumplimiento de nuestros deberes de cristiano, nos dará la paz antes de que la hayamos ganado en santas batallas, ultrajamos gravemente á la magestad de Dios, y yo declaro, de antemano, que no quiero hacermé cómplice de semejante delito.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 22 de Enero 1875.)

CATÓLICOS LIBERALES,

CATÓLICOS ANTI-LIBERALES.

CARTA Á UN DIARIO DE MILAN.

Servum autem Domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad omnes, docilem, patientem eos qui resistant veritati; nequendo Deus det illis patientiam ad cognoscendam veritatem, et respiciant á diaboli laqueis, á quo captivi tenentur ad ipsius voluntatem.

(II THESS. XI.)

Perdon pido á Dios y á los hombres, si he tardado demasiado tiempo en dirjirlos la

anti-liberal. Con Jesucristo, su fundador, y con sus Papas, que la conservan, marcha á la conquista de las almas; y esta conquista no se consigue sino por la persuasión, primero, y luego, con el perdón, pero perdón y persuasión, que nada tienen de común con la impetuosidad de nuestras pasiones. Ella rechaza todas las armas de que se valen, lo mismo los liberales, que los anti-liberales; ella dice á todos: «amaos los unos á los otros; observando la ley de Cristo, dando ejemplo de perfecta obediencia. Esto es lo único que puede salvar, lo mismo á las naciones, que á los individuos.»

En los vastos campamentos de los enemigos de la Iglesia, se encuentran, sin saber por qué, ni cómo, una multitud de hombres descarriados, que empiezan á abrir los ojos; sino todavía lo bastante para ver claro, donde está la verdad, lo suficiente, á lo menos, para comprender, que están en el error.

¿Sabeis por qué motivo esos desgraciados no vienen aun hacia nosotros? En gran parte, por culpa nuestra, por culpa de los periodistas católicos; y ¡temerosa será nuestra responsabilidad el día en que seremos llamados á la presencia del Juez Supremo!

No conociendo á fondo el espíritu de la Iglesia—por el alojamiento en que de ella viven—sino á través de las polémicas que sostiene la prensa católica, cuyo eco llega hasta ellos, estos infelices tienen una oscura y confusa idea de la divina Esposa de Jesucristo. Mas fácilmente encuentran en nuestros escritos una invectiva, que el llamamiento á la caridad; nos ven descender, con harta frecuencia, al palenque de la política puramente humana, olvidando la política de Dios; oyen nuestras exclamaciones y gemidos por la pérdida del poder temporal de la Iglesia, mientras nos ven trabajar muy poco ó nada para reconquistarle el poder espiritual. Todo esto, naturalmente, enturbia á esos desgraciados, y los retiene indecisos entre el camino del error, y de la verdad.

¡Oh mis queridos hermanos! Meditemos sobre este estado de cosas, si es verdad (como sinceramente lo creo) que deseáis, como yo, el triunfo temporal y espiritual de la Iglesia. No nos forjemos quimeras: el triunfo espiritual debe preceder al temporal; y, en este sentido, os decía, hace algunos días, que el triunfo de la legitimidad no será de-

finitivo, hasta que quede completamente destruido el espíritu anti-cristiano.

Para triunfar de este espíritu infernal, es preciso, no solamente combatir el vicio, sino también practicar la virtud: es necesario predicar, con la palabra y el ejemplo, el perfecto cumplimiento de los deberes cristianos: es indispensable, en fin, consagrarse por completo al triunfo de la verdad, sacrificándose en holocausto nuestro amor propio, nuestras ambiciones, nuestra envidia y nuestros resentimientos.

Los apóstoles conquistaron el mundo, derramando por él la fecunda semilla del Evangelio, que es luz y amor: el linaje humano—entonces, como hoy, refractario, así á la luz, como al amor—concluyó por someterse á la dulce ley de Cristo. Y cuando esta ley hubo conquistado Roma, centro y cabeza del género humano, Dios le bendijo, proclamando a su Vicario Rey de Roma. Si él permite que, hoy, este reino, modelo de todos los reinos, sufra un eclipse, sin duda es, porque nos hemos hecho merecedores de tal castigo. Es preciso, que expiemos nuestras faltas, no con vanas recriminaciones contra los instrumentos de los castigos de Dios, sino siguiendo la senda que nos enseñaron los apóstoles, y esparciendo, como ellos, por todo el orbe, la semilla del Evangelio, que es luz y amor.

Si os dirijo públicamente esta carta, querido hermano, no es con la idea de erigirme en vuestro Mentor, pues no puedo serlo de nadie; sino para llenar con ello un deber, que, á mi juicio, me impone el afecto que os profeso, y el deseo de veros recoger una abundante cosecha de méritos y servicios para con Dios y para con la Iglesia. Yo sé perfectamente, que nada puedo enseñaros; y me limito, por lo tanto, á recordaros, que Jesucristo fundó su Iglesia basada en la caridad: creo, pues, que se me puede permitir hablar de caridad, sin riesgo de verme acusado de católico-liberal. Y si me preguntáis con que derecho acabo de protestar contra la secta anti-liberal, os contestaré: con el derecho que tiene el perro del pastor, de defender la persona de su amo, para evitar la dispersión del rebaño.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(Journal de Florence, 9 de Febrero 1873).

MONSEÑOR MANNING Y M. GLADSTONE.

Se nos escribe de Londres:

«La querrela del Sacerdocio y del imperio, tan imprudentemente suscitada de nuevo en Inglaterra por M. Gladstone, dista mucho de apaciguarse. La entrega de Enero del *Macmillan's Magazine*, contiene una carta muy interesante de Mons. Manning, contestando á cinco preguntas, que le habían sido dirigidas por el autor de una serie de artículos publicados en dicha revista, con el título siguiente: «La Prusia, y el Vaticano.» Después de protestar contra la ignorancia y la falta de cortesía de su interrogador, cuyas circunstancias le dispensarían de contestar, el Arzobispo de Westminster se expresa en estos términos:

«El autor del artículo pregunta, 1.º: el Dr. Manning y la mayoría de su clero, ¿se considerarían, antes de los decretos del Vaticano, desligados, en alguna manera, de su juramento de fidelidad para con la corona de Inglaterra?»

—*Respuesta:* No.

2.º: «Si el Dr. Manning y su clero, no se considerarían como desligados, es un hecho, si, ó no, que después de los decretos del Vaticano, para no poner en peligro su salvación, están obligados, atendido el dogma definido en dicho Concilio, á considerarse como desligados de este juramento?»—*Respuesta:* El hecho no existe. Ni mi clero, ni yo no nos consideramos desligados de nuestra obediencia civil; y los decretos del Vaticano no han tocado este punto, ni siquiera remotamente.

3.º: «Es cierto, que los obispos de Irlanda y los Vicarios Apostólicos de Inglaterra, no se consideraban como desligados de su obediencia civil á la corona británica?»—*Respuesta:* Perfectamente cierto; y no lo es mé-

nos, que nosotros nos consideramos también obligados á la misma obediencia civil.

4.º: «No es peligroso, que un cuerpo de funcionarios, desligado, por una parte, de toda obediencia civil á la corona del país, en el cual debe trabajar de una manera activa, y por otra parte, debe observar un código de leyes radicalmente diferentes de las del país, se oponga á estas últimas?»—*Respuesta:* Cada frase de esta pregunta es un absurdo, ó una falsedad. Mi clero y yo, estamos obligados á la obediencia civil. *Cadit questio.* Si por «código de leyes» se entiende las leyes civiles, nosotros no tenemos tal código. Si por «código de leyes», se quiere significar una disciplina espiritual y religiosa, no es posible una colisión, á menos que se introduzcan en Inglaterra las leyes prusianas de Falk.

5.º: «El Dr. Manning tiene plena certidumbre de que en el seno mismo de su propia jurisdicción, no ha habido ningún caso, en que, viéndose algunos eclesiásticos en un conflicto de jurisdicciones, se hayan, desde 1870, declarado á favor de la jurisdicción curial?»—*Respuesta:* No tengo noticia ni de un solo caso de semejante naturaleza. Si se hubiese presentado, aquellos que los hubiesen considerado, desde 1870, de un modo diferente que antes de 1870, se habrían engañado. El Concilio Vaticano ni siquiera pensó en la posibilidad de semejante conflicto, entre la jurisdicción civil, y la eclesiástica.

«Aquí, continúa diciendo Mons. Manning, debemos fijarnos en el solo punto que merece contestación. Aun antes de que se reuniera el Concilio, se había ya formado un partido en Munich, que predijo al mundo, que los decretos del Concilio estarían en oposición con la obediencia debida á las le-